

Saturno en Via Fapanni, Mestre

Paolo Puppa

Università degli studi di Venezia, Italia
puppa@unive.it

Artículo recibido el 30/06/2015, aceptado el 30/06/2015 y publicado el 30/01/2016



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

RESUMEN: bajo el título de *Cronache venete* (Titivilus, 2012) el profesor, crítico, actor y narrador Paolo Puppa (Venecia, 1945) recoge doce de sus más recientes monólogos, un término que difícilmente puede resumir el contenido de estos breves soliloquios en los que da rienda suelta a una interesantísima actualización de mitos clásicos en medio de una realidad cotidiana descarnada. Si en algunos de ellos nos presenta a una nueva Salomé aburrida y enamorada por caprico de un talibán, o una Fedra desubicada en medio de un paisaje industrial corrupto, en el texto propuesto, *Saturno en Via Fapanni, Mestre*, Puppa nos presenta un impactante personaje, un nuevo Saturno, deseoso de desembarazarse de su propio hijo. Una sociedad alienada en la que los mitos pueden echar luz (o cuento menos conmovernos) en medio de la crisis económica y moral de la pequeña y gran burguesía.

Palabras clave: Paolo Puppa, *Cronache venete*, relato, narración, mito

]

En la cena me ha preguntado que qué quería de ella. Era la voz, esa voz, lo peor de todo. Sí, la voz era tremenda, nunca antes había oído una voz así. ¿Entiende a qué me refiero? Ha sido justo en aquel momento que he comenzado a pensar en ello. También porque después, por la noche, tendría que echarme bajo las sábanas con ella, con esa espalda dura quitándome sitio. ¿Y si él saltaba a la cama a la mañana siguiente temprano como siempre ha hecho?

¿Quién le habría empezado a hablar, a explicarle la situación? ¿Qué decir del asunto a un hijo que tiene solo tres años? ¿Gilipollecas como papá y mamá ya no se quieren? Pero, ¿yo a esa espalda cuándo la había querido alguna vez de verdad? Aquello era el verdadero problema, sabe. Me doy cuenta de que tener miedo de una voz, de una espalda, de una explicación, no son pensamientos de un verdadero hombre, de un macho. Pero el miedo lo tenía, a través del cansancio. Hacía una eternidad que no dormía. En la empresa me habían puesto en la lista de los primeros destinados a ser despedidos. El último en ser contratado y el primero en ser eliminado. Ya. Si ocurría la optimización, como lo llamaban. Menos mal que ella en el gimnasio tenía el puesto asegurado, lo que hacía que su voz se me hiciese aun más dura. En fin, hacía tanto que ya no dormía. Pasaba la noche con el mando en la mano, esperando las luces del alba y el canto de los pájaros de abajo, en el jardín de los vecinos. Pero en las últimas semanas también ese pequeño momento de descanso, esa parada, no ocurría más. Ponía en el móvil la alarma a las siete, esperando que sirviera. Y sin embargo, nada, ojos desorbitados frente a telediarios. Me distraía un poco con los bombardeos, las torturas, los secuestros. Esperaba, como un milagro, que hubiese algún buen terremoto. Pero al principio no pensaba, esto, cómo decirlo, de echarlo todo por la borda. Mi niño, mi niño ¿qué le has hecho a mi niño? Me ha gritado desde el gimnasio cuando se lo he contado. Pero notaba, notaba entre el ruido de las máquinas de musculación y para perder barriga que aquella voz había cambiado, porque ahora me respetaba. Una pregunta, ¿puedo? ¿Me, me meteréis en una celda solo, verdad, no con otros? Sabe, me fastidia dormir con extraños.



Con otros hombres, quiero decir. Soy hijo único, yo. También me han dicho que tratan mal a quienes han hecho daño a niños. Pero era suyo, el niño; suyo, no mío. Cierto, ha puesto en duda mi paternidad. De acuerdo, habría podido preguntarle con quién entonces, con quién. No, no era el caso. Pero no lo he lanzado por eso. ¡Pero noooooo!

Notaba su corazoncito que latía, el cuerpo todavía caliente de la cama. Lo he hecho solo por cambiar las reglas del día. Sí, ella estaba segura de que yo servía para garantizar que se despertara, preparar el desayuno y también para lavarlo, vestirlo, llevarlo a la guardería, las típicas cosas, antes de ir al banco (horario reducido, el mío, antes de ser despedido) y ella, mientras tanto, ya estaba en el gimnasio, preparando los programas de las clientas que querían seguir siendo jóvenes. Y sin embargo, la he llamado con alegría, menuda alegría. ¿Y ahora qué quieres? ¿que si estoy trabajando? Cuando he empezado a hablar y a contarle lo que había hecho, y se oían los gritos subir desde abajo, del paso de peatones, ha habido un silencio, un largo silencio al teléfono. Así que le he preguntado si aún seguía ahí, si había cogido la cuestión. ¿Gracioso, no? Como si se pudiera coger la cuestión con las manos. El pequeño, sí, un ángel, podría haberlo cogido; el toldo a rayas blancas y azules del quiosco de abajo podría haber amortiguado el golpe. Pero no estaba abierto. No hacía sol ayer. Solo niebla. Antes de lanzarlo comprobé si estaba el toldo. No estaba. Y lo miré bien fijamente a los ojos. Aún los tenía cerrados por el sueño, le costaba abrirlos. Pedía que lo dejara en paz. Sí, quería dormir más, el señorito quería dormir más. Y su padre, en cambio, no; no encontraba paz ni en el sofá ni en la cama al lado de la gran espalda dura, todo el rato leyendo anuncios de trabajo en los que se buscaba un chico para todo, un asistente de limpieza, un chico para los recados... o qué sé yo. Algo, aunque no tuviese nada que ver con la pintura. ¡Qué más daba! ¿A mi edad, quién me iba a coger? Pero era todo culpa suya, del pequeño. Si no era mi hijo, por lo demás, no era pecado. Apenas me ha preguntado papi, papi, qué haces. Ha sido entonces cuando he abierto los brazos, mirándolo en todo momento fijamente a los ojos. Son iguales que los tuyos, dijo dicho en el hospital mi suegra cuando lo levantó por primera vez de la cuna. Había querido puntualizar aquella frase, como un test de ADN, para disipar las sospechas que todos suponían ciertas, desde los vecinos de casa que me miraban de modo insolente, hasta los parientes. Yo tenía un pequeño problema en la cama, todos lo sabían. Al principio no, al principio no tenía ningún problemilla, creo. Al principio, con mi querida señora, lo hacíamos por todos lados, de pie, en la pila, sobre la televisión encendida, sí querida, se me ponía dura solo con mirarla. ¿Cómo he podido? Y entonces bastaba recordar aquel período para entender que podía ser perfectamente mi hijo. Entonces, ¿por qué? Me pregunta por qué he abierto los brazos. El hecho es que hacía tanto tiempo que ya no lo hacíamos... y cuando lo hacía había demasiado desprecio en ella. Mejor dejarlo estar. La última vez que he intentado meterla dentro, se ha hecho pequeña, pequeña. ¿Qué es esto?, ha reído sarcástica. Pero, ¿adónde ha ido a parar la pobre? Y mira qué

pequeña es, pequeña como tu sueldo... y casi gritaba, tanto que todos la oían. ¿Qué hace un hombre en estos casos? En fin, quiero ver cómo vuelve a casa, ella. Cómo pasa por delante de la habitación con la camita vacía. Tiene casi cuarenta años, además. Muy difícil rehacer la vida. ¿Quién la dejará preñada a esta ahora? Con la historia, con esta historia a sus espaldas. Cuando una mujer sale en los periódicos, en la página de sucesos, ya no tiene futuro. ¿Cómo? Claro que a él le quería. Me resultaba incluso simpático, en el fondo. Lo cogía en brazos y siempre me sonreía. Excepto la última vez, de hecho, cuando debió entender lo que le esperaba. No se lo imaginaba, cuando lo he sacado. Me querrá enseñar los coches de abajo, como hace a menudo, habrá pensado. Coche yo no tengo, es de mi mujer, y ojo con tocárselo. Está el metro, en todo caso. Pero, hay un pero que explica todo. Ahora lo recuerdo bien. Hace una semana los escuché, a ella y a él, reírse a mis espaldas. Sí, él se reía. Me tomaban el pelo. Obvio. ¿Qué? Por supuesto que un niño de tres años puede tener malicia. Recuerdo muy bien que se ha reído de mí con ella. Quién sabe qué le habría dicho. Solo sé que él reía, al lado de ella. Sí, debe haber sido la última gota, como dicen. Así que he hecho un poco de justicia en casa, ¿no? Ahora, al menos, se quedarán tranquilos. Mejor así.

Traducción de Sara Garrote Gutiérrez

